

6

En una sola cosa se parecen las novelas a la vida: en la división por capítulos.

La infelicidad y la felicidad podrían dividirse en capítulos, porque se van dando por series alternas, como la fortuna y la desgracia en el juego: la infelicidad no es más que una sucesión ininterrumpida de incidentes desagradables.

Cuando os hagáis un vestido de luto, procurad que la tela sea fuerte: porque al acabar un luto tendréis que empezar un segundo, y aun quizás un tercero, puesto que os hallaréis en la serie triste. O alegre. Pero decimos simplemente triste, aun cuando sea alegre: la costumbre de llamar las cosas así.

*
* *

Para Mauro comenzaba un capítulo nuevo. El último había sido un sueño: un sueño sin término de comparación, vertiginoso y al alcance de todas las fortunas. El amor insospechado de Mélitta, la posesión de un cuerpo incontaminado, la revelación del amor en un lugar apartado del mundo, en un escenario de tribu primitiva.

El penúltimo: vagar errabundo de ciudad en ciu-

dad, de hotel en hotel, con una actriz de ojos turbios, de temperamento atrabiliario y de carácter *extra-dy* (1) que le había paralizado la voluntad, le había hundido el espíritu en la catalepsia y abierto en su ánimo heridas tales, que ninguna mano, a excepción de las de Mélitta, la niña inocente, hubiera sabido restañar. En ciertos momentos de meditación, preguntaba él si no hubiese curado con la aplicación de aquella farmacopea del 1600, que prescribía comunicar el propio mal, para curarlo, a una jovencita implume. Las jovencitas implumes de hoy ponen en circulación el mal heredado de sus antepasados del 1600, que tal vez se vengan de ese modo.

Antepenúltimo capítulo: peregrinación por las tétricas habitaciones de muebles grasientos, de alimentos pestíferos y de jabones vulgares.

¿Y ahora?

¿Tendrían que recibirle de nuevo esas habitaciones?

No. Debía formar un nido prodigiosamente bello para acoger en él a Mélitta. Mélitta no era de esas mujeres que salen de tu cuarto sin dejar de sí mismas más que algún pelo enredado en el peine o una huella de sus polvos en la ropa. No podía recibirla en uno de tantos aposentos del caso, todos parecidos entre sí, con el tapete intencionadamente turco, aquí y allá quemado por fumadores distraídos, y con la Virgen colocada sobre un ramito de olivo, y adornada por tal que cual malévolo lunar, que hiciera con su boca una mosca iconoclasta.

Y mucho menos podía llevarla a la *garçonnière* (cuarto de soltero; para los puristas que digieren mal) dispuesta conforme al modelo de la baja literatura: alfombras que silencian el paso, cojines de todos los colores y calibres sobre otomanas que apenas levantan un palmo del suelo; aparadores con recuerdos queridos, entre los que se guardan el hornillo del Extremo Oriente para alimentar los

(1) Extraordinario.

quema-perfumes, y los imprescindibles bizcochos, y la balsámica botella de Porto para apuntalar al gran simpático cuando se resiente.

A Mélitta había que tratarla como una mujer diferente a las demás, porque, como todas las amantes en activo, era una mujer de excepción.

Encontró un pisito bajo, en una casa digna de ella, de ella tan al margen de los prejuicios y tan inmaculada, aun teniendo un amante. En el primer piso de aquella casa vivía la entretenida de un magistrado, la cual recibía de cuando en cuando a algún que otro abogado anhelante de entrar en inteligencia con el campo enemigo; y en el segundo y último, una buena señora, espantosamente honesta e ininterrumpidamente encinta, había instituido un centro de instrucción y educación de hombrecitos de ambos sexos.

*
* *

Decoradores, tapiceros, mueblistas crearon un aposento distinto de todo lo corriente hasta el día.

Que cada cual se lo imagine a su gusto.

Casi todas las tardes, Mélitta se dirigía a él con su paso elástico, y salía cuando las primeras nieblas del otoño naciente confundían las luces de la noche con los últimos resplandores del día.

Otras veces se veían en la sala de té de Baratti, una confitería de comadreo que recoge cuanto viene de allá, de la «vieja Inglaterra», sobre mundana ciudadanía; señores de voz aflautada y de escogido léxico, que cuando enuncian vocablos de gran lujo, como incompatibilidad, pesimismo, hipercrítico, incommensurable... levantan la voz para no privar de ellos a los clientes más distantes. Señoras distinguidas que ofrecen la mano a los labios de todo jovencito irresistible, como en las viejas estampas; viejas señoras que se estropean la dentadura con el azúcar

cristalizado de las castañas garrapiñadas. Un jovencito irresistible, recién iniciado en la carrera del *viveur* se sentó con una mueca de disgusto, abrió nerviosamente el diario, dió una escéptica ojeada al artículo de fondo, lo dobló por la mitad, y dando una impaciente orden al camarero, se puso a observar a las señoras con aquella superioridad otorgada por las quince liras que llevaba en su bolsillo, producto de un sablazo a mamá, por la venta de una *Divina Comedia*, y de un empréstito amistoso hecho a la cocinera.

La poetisa Amalia Guglielminetti pone en el *suave labio de Calíope* una estrofa llena de espíritu— como ella—regulando la exposición de los dientes en el espejo altísimo.

Un elegante de gabán casi nuevo (la tela no fué vuelta del revés más que una vez sola) asiéndose con las dos manos al bastón que pende de uno de sus hombros, se presenta en el umbral, en actitud de buscar a alguien. Y como a ese alguien, en tales casos, no se le encuentra nunca, una vez explorado el horizonte en todos los sentidos, salió, sin hacer gasto, seguido por la irónica sonrisa de Angelo, el conocedor de dulces y de mujeres, el psicólogo distribuidor de té aromático e informes a la vainilla.

Mauro y Mélitta se quedaban hasta ese momento en que la gárrula fauna de laboratorio se vuelve a la calle, y los pórticos se animan, se rejuvenecen, adquieren un ritmo más acelerado y más vario. Los tranvías, presurosos y plétóricos pasan, sin dejar de dar campanillazos, mientras un mozo echa abajo los cierres metálicos, se entrevé a la dependienta poniéndose los guantes y componiéndose con dos solos toques las patillas. Y alguien hay fuera, más o menos distante, que espera.

Mauro acompañaba a Mélitta por las calles henchidas de vida y erotismo, y junto al jardín de su casa se separaban, felices por las horas trans-

curridas, felices por las que habían de transcurrir de igual modo al día siguiente. A veces, de improviso, en la quietud de la sala de té de la antigua confitería, bastaba el encuentro de las manos o de las miradas para impresionarse amorosamente. Retiraban la taza, dejaban a mitad el aperitivo, y en tres minutos de automóvil hallábanse en la villa acurrucada al pie de la colina, envuelta en el espolvoreo de oro que el otoño arranca de los árboles.

Entrando en su casa, llena de cojines y tapices, los acogían los veintidós grados centígrados de la estufa eléctrica, perfumados por una cáscara de banana colgada del techo. Preparadora muy hábil de mixturas alcohólicas (un *barman* negro de Nueva Orleans habiales confiado el secreto de ciertos cocktails) vertía con notable precisión diferentes líquidos en la cubeta de níquel, y mientras los agitaba violentamente para mezclarlos, Mauro le quitaba los zapatos y le ponía unas zapatillas vienesas, de melodrama de José Verdi.

Antes de ofrecer el vaso al amante, lo probaba ella, con un choque de sus incisivos contra el cristal.

Aparecieron las primeras pieles, que dejan una estela de perfume, mezcla de alcanzor, de polvos y de mujer, en esos días en que parece flotar por todas partes un olorillo cadavérico de crisantemos, y a través de los portones de las casas burguesas los patios echan bocanadas de mosto y de vino.

Los amantes caminaban en la niebla, a lo largo del río, bajo los débiles faroles, entre los largos ramajes de los árboles esqueléticos. Iban como las parejas de enamorados que había encontrado Mélitta junto al Sena, junto al Luegoteveré, en los bancos del Támesis, y que son siempre las mismas, porque repiten el tipo acostumbrado: pareja de ilusos, que persigue en la sombra el fantasma inabordable de la felicidad.

Consumían alegre y juvenilmente la golosina del amor, unas veces circunspectos y ocultos como dos

malhechores, otras temerarios hasta el punto de darse los besos casi en presencia de esos laceros del amor que se llaman guardias municipales.

—¡Qué bien se estaría en mi casa—suspiró ella una tarde—sin ese emplasto de mi cuñado futuro! Es un sér que me da náuseas. A fuerza de morderse las uñas, se ha puesto los dedos como diez salchichas hervidas hasta lo infinito; y se las come en la mesa, antes de los postres, después de los postres, cuando discute, cuando duerme. No sé cómo Donatella puede sufrirlo. Es uno de esos seres que para mirarte te ponen rostro sobre rostro, y no saben hablar sin acercarte la lengua a la boca. Como en su pueblo, de muchacho, tiraba de la cuerda del fuelle en el órgano de la iglesia, se cree entendido en música, y en la comida y en el almuerzo nos ilustra sobre las bellezas de Rigoletto o el Trovador, y nos hace revelaciones importantísimas sobre el cuerpo de baile del teatro municipal de su pueblo.

—¿De dónde viene?

—De...

—Tocará la mandolina.

—No.

—Un hombre de ese país que no toque la mandolina es como una cocinera inglesa que no sepa preparar el *pudding* (1).

—Pero toca la ocarina, ¿sabes?, ese instrumento gordo, de barro, que parece un topo despellejado, y que chilla como los topos cuando los despellejan. Tiene además la manía de las estadísticas anecdóticas: sabe decirte cuánto tiempo tiene que transcurrir para que los cigarrillos que te fumes diariamente, puestos uno contra otro, en forma de esterilla, puedan dar la vuelta al globo terráqueo, y cuántas libras esterlinas costaría actualmente la Torre de

(1) Salchicha.

Babel, si hubiera de hacerse con cemento armado.

—¿Por qué no lo tiras por el balcón?

—Necesitaría antes tener los pies prensiles, como los monos, porque con las manos me da asco tocarlo.

Don Cecilio Cacao. Había nacido en una vieja casa de la callejuela del Manicomio Provincial, esquina a la calle del Peso Público, en una de esas pequeñas ciudades que obligan a los empleados de correos a hojear, maldiciendo, los diccionarios postales; de esas ciudades que no se han oído nombrar ya desde la campaña contra el bandidaje.

La falta de una escuela técnica, prometida por todos los ministerios, de Crispi a nuestros días, pero nunca abierta, le indujo a abandonar el país natal, pidiendo hospitalidad a unos parientes que vivían en cierta región volcánica, donde florecen las ginestras.

Coronados sus estudios con un título de tenedor de libros, halló empleo junto a un mar saturado de helenismo, donde se encuentra todavía algún vocablo griego, hasta que un buen día le dieron un muestrario de gelatinas, cola y barnices, una lista de clientes y un kilométrico, y le dijeron: ¡Andando!

Se captó en seguida el aprecio de su jefe—decía él—y un curioso modo de hablar, compuesto de floridos giros del lenguaje más característico de las regiones visitadas por su comercio de barnices, colas y gelatinas.

Tan extraordinario don de gentes y su nombre ilustre (Capacaída) una de las más insignes familias del mundo, ensancharon pronto el círculo de sus negocios, y en su primer viaje por el norte conoció a Donatella.

Donatella: lo más característico de esta muchacha era el no tener nada característico.

Hacía pensar en esas tortugas caseras, estúpidas y dulces, tímidas y taciturnas, que se las pisa y no protestan, conformándose con esconder la cabecita

bajo el caparazón; parece que escuchan nuestros discursos, y, por el contrario, duermen; creemos que duermen, y, por el contrario, están prestando atención a algo que no tendrán nunca, porque no saben hacerse comprender.

Donatella amaba a don Cecilio.

Y amaba también a la tía, y hasta al padre, y aún a Mélitta, que se reía de ella por su adoración a aquel curioso individuo.

—Mira tu Cecilio con la boca abierta, como si te hiciese inhalaciones de amor.

Y Donatella sonreía, con las manos cogidas bajo el delantal, y bajando los ojos, pudorosa.

—Le he faltado al respeto a la tía—le confió un día a Mélitta,—pero le he pedido perdón a la Virgen.

—¡Era mejor habérselo pedido a la tía!—observó Mélitta, con una vaga sonrisa burlona.

Donatella suavizaba siempre las palabras, como si las untase de manteca. Mélitta rociaba las suyas con el ácido corrosivo de su sarcasmo.

—Para hacerme la piel de topo, han sido precisas cuatrocientas sesenta y seis pieles—informó Donatella, describiendo su equipo de boda.

—¡Cuatrocientas sesenta y seis pieles! ¡Cuántos topos para vestir a uno solo!—comentó Mélitta. Y balanceando sus brazos, dió un salto y fué a sentarse sobre el radiador de la calefacción.—¿Y por qué no te quitas todas esas pecas que llevas en la frente?

—¿Qué quieres, Iluska? Dios me ha hecho así.

—Pero no te ha prohibido embellecerte. También al agua oxigenada la ha hecho así, para que pueda quitar las pecas.

—Le preguntaré a Cecilio qué le parece.

A don Cecilio no le pareció bien.

—Me excusará usted, mi bella señorita Iluska—dijo a Mélitta, acompañándose de una mímica de sordomudo—si le digo claramente que lo siento.

Donatella me gusta como es: ni mejor ni peor de como es: no es discolorada, ni sofisticada, ni rechaza jamás los consejos que se le dan, como hace usted; no lleva camisa bordada, ni ese escote de armiño que usted muestra, ni sueña cosas estúpidas; me dolería mucho que fuera de otro modo. Perdoneme, Iluska, y consérvese buena.

Méltta, inteligente, fina, alimentada con ideas modernas, no podía estar de acuerdo con aquel salvaje lleno de prejuicios, que en la mesa afilaba los mondadientes con el cuchillo, se preciaba de beber como los grandes de España, y revelaba en el vestir caligráfico gustos de negro: pantalón blanco, con los tirantes sobre el vientre, y bajo una americana atildadísima, de solapas relucientes, como las vueltas de seda de un *smokin*.

Donatella tenía que sufrir contestaciones a este tenor:

—Créeme, Iluska: Cecilio es bueno como el pan.

—¡Como el pan de centeno, Donatella!

Donatella, dolorida, se retiró a su cuarto, colocó un lienzo sobre un caballete, trazó una línea horizontal a todo lo largo, dió de azul a la parte superior y de verde a la inferior, pintó sobre la línea separatriz una especie de coma grande, blanca... y quedó hecha su quincuagésima marina, con barquitos de vela en el horizonte.

Don Cecilio, en materia de moral, llevaba unos doscientos años de retraso. En su país, las mujeres de buena familia no salen nunca solas, y cuando lo hacen en coche, el cochero tiene buen cuidado en cerrar la portezuela y en vigilar la llave.

Sus cinco hermanas no sabían aún lo que era el cinematógrafo, ni habían visto teatro alguno, ni diseñado siquiera en un periódico de modas; crecían bajo el ojo avizor de la madre, que consideraba como actos de mujer mala, si no precisamente el asomarse a la ventana, si el echar una ojeada a través

de las persianas (como no fuera que pasase una procesión).

La madre de las cinco hijitas llevaba una minuciosa contabilidad de sus enfermedades mensuales, y cuando en alguna de ellas la estación de las lluvias producía retraso, irregularidad o trastorno, brotaba la tragedia: el haber mirado a través de las persianas cerradas pudo ser fatal. Y entonces, un poco de perejil.

Para que reinase la serenidad era indispensable que una u otra de aquellas señoritas se metiese en la cama con dolor de vientre, y necesitara unas gotas de láudano.

En aquella familia, como en todas las familias bien surtidas de señoritas, el láudano se compraba por botellas.

Sin embargo, a pesar de su atávica ferocidad, el sarraceno imbuído en toda clase de supersticiones y de dogmas, se permitía hablar del amor.

—En mi país se empieza a hacer el amor a los ocho años.

—Como las anguilas—comentaba Méltta, maliciosa.

Y mientras él reanudaba su tema, después de una sonrisa, explicando que en su país hacer el amor significa pasar tres años bajo una ventana, Donatella miraba a Iluska con dos grandes ojos atónitos que imploraban piedad. Don Cecilio intentaba defenderse de la ironía de Iluska con alguna que otra cabriola espiritual, pero resultaba enorme y grotesco como un hipopótamo que se pusiese en la oreja una pluma de pavo.

La ironía es un arte difícil—le advertía Méltta:—o es muy ligera, y entonces no se la comprende, o muy pesada, y entonces machaca los pies de quien la lanza. La ironía es más difícil de adquirir que los barnices, las colas y las gelatinas.

(Donatella se tragaba una lágrima.)

Méltta y Cecilio representaban dos psicologías,

dos civilizaciones, dos conciencias opuestas. Inteligencia bastante para vender gelatinas, colas y bar-nices, pero insuficiente para comprender nada por fuera de sus paquetes, botes y cajas; instinto investigador de polizonte, capaz de descifrar en el espejo las manchas de papel absorbente, de interceptar una carta, de seguir, espiar, escuchar, someter a interrogatorio, coger en contradicción, registrar cajones ajenos.

—Si no lo tomase usted mal, Iluska, le preguntaría por qué ha venido tan tarde a la mesa hoy, ayer y tantos otros días. En toda esta casa, con lo grande que es, no hay una sola mujer que pase fuera de ella toda la tarde. Yo tengo cinco hermanas y tres primas, que no salen nunca solas. Perdóneme, Iluska, si me he querido quitar esta espina del corazón, pero...

Mélitte le echó al rostro una mirada llena de desprecio, y le contestó:

—Por hoy ha dicho ya bastantes estupideces. Guárdese las que le queden para mañana.

Y se levantó de la mesa.

La tía, hinchándose como una zambomba, suspiró.

¡La buena tía! Existen todavía tías buenas, incommensurablemente crédulas, a las que se puede hacer creer que la sífilis se trasmite por teléfono, y que vuelve uno a casa a las tres de la madrugada, porque el tranvía se quedó sin corriente.

Donatella vertió la lágrima diaria, y don Cecilio, para elevar la moral de la mesa, explicó de qué manera Bismarck, Mascagni y San Genaro (sangre y seltz) pertenecían a la nobilísima estirpe de los Capacaída; y demoliendo con los dientes el último residuo de una uña, hizo mentalmente el cálculo exacto de los cerdos que deberían prestar gentilmente sus intestinos para la fabricación de una salchicha que llegase de la Tierra a la Luna.

Las apariciones del padre de Mélitte eran muy fugaces. Cuando llegaba de improviso pedía noticias

de Mélitte, pero no las escuchaba, porque se engolfaba en seguida en una carta o en una orden por teléfono. Los negocios y las mujeres le dejaban poquísimo tiempo que dedicar a la familia; a menudo no estaba en casa más que el preciso para coger un documento o pedir por teléfono una plaza en los coches-camas. Hombre de gesto seguro, de mirada firme, de palabra decisiva, acostumbrado a dirigir serios consejos de administración, y a presidir asambleas tumultuosas de accionistas, no reparaba en las pequeñas vicisitudes de la familia ni se maravillaba de la excesiva estancia de don Cecilio Cacao en su hogar, ni trataba mucho menos de adelantar la fecha de la boda entre él y Donatella.

—Usted, Iluska, tiene un secreto—atacó cierto día el futuro cuñado, con una sonrisa entre fina y puerca.—Confíemelo. Usted sabe que las confidencias me entran por un oído y me salen...

—Por la boca—rió burlona Mélitte.

—Yo sé—continuó el otro, curioso e inquisidor—que cada día ve usted a un caballero. Mire usted lo que hace. Si su padre se entera va a enfadarse muchísimo. Mírelo usted bien. Yo la he avisado ya.

Mélitte, la independiente, la rebelde, la acostumbrada a no obedecer otra voluntad que la suya, enrojeció de cólera:

—Pero ¿por qué no vuelves a tu asqueroso país, bruto salvaje, cruce innoble de albanés, negro y mahometano? ¡Vuelve al país de tus abuelos! ¿No sientes la nostalgia del trópico, de oriente, de la selva? ¡Vuelve a donde el coco, la gutapercha, el alcanfor, la tapioca, el sándalo, el sagú, la banana, los dátiles, la serpiente boa, la peste negra, la fiebre amarilla y el suplicio del palo!

—¡Ih, ih, ih!—silbó largo rato el salvaje, herido en su color local; y víctima de una improvisada crisis de onixofagia, se llevó a la boca cuatro uñas de una vez.—Lo decía por su bien. Pero ya que

no quiere hacerme caso, yo hago como Poncio Pilato: me lavo las manos.

—Así las tendrás limpias un día.

*
* *

Méllita amenazó con irse a Hungría o cruzar el Océano. Para amar la casa es preciso alejarse de ella. Fueron necesarias todas las dulzuras de la tía, diluidas en lágrimas de Donatella, para conseguir un armisticio entre Méllita y Cecilio.

—Tú, Iluska, estás prevenida en contra de ese hombre. Le crees necio y, por el contrario, es inteligente.

—Será inteligente, pero no ha dado nunca pruebas.

—Pues su negocio lo lleva bien.

—Si fuera inteligente, en diez años hubiera llegado a patrono; por el contrario es un simple empleado. ¡Pobre Donatella! Tú que riegas todas las noches tu sueño con lágrimas y suspiros, en espera de que él se decida a casarse, no comprendes que ese día no llegará nunca.

—Eres injusta. !

—¡Vejo claro, Donatella! Ese hombre ha encontrado en nuestra casa un cuarto con calefacción, una cocina que le va bien a su paladar, una cama blanda, una ventana al mediodía, y se queda aquí hasta que le echéis.

—Pero, Iluska, tú no lo conoces. Te juro que Cecilio no es malo.

—Es venenoso como una carta anónima.

—Hemos retrasado la boda, por causa del equipo y del piso, pero...

—Pero la retrasaréis más, y definitivamente. Y cuando él vuelva a su país, confirmará entre las gentes aquellas la leyenda que tienen sobre las del norte: es decir, que si nosotros no vivimos todavía en las cavernas, es porque de vez en cuando viene

a civilizarnos alguno de ellos; y que todas nuestras mujeres caen fulminadas de amor, en cuanto uno de ellos se digna dirigirle una mirada carbonizante.

—Tú haces regionalismo, Iluska.

—No, Donatella. Vistos en su país, son todos ellos simpatiquísimos. Los que se quedan entre sus montes tienen un carácter prodigioso; pero son de sobra indigestos los que con un permiso técnico y una maleta vienen aquí descaradamente a la colonización del norte.

—Papá, que conoce a los hombres, ha formado muy buen concepto de Cecilio.

—No creo que nuestro padre lo haya estudiado muy a fondo, ni se haya informado de él por cuenta propia. ¿Verdad, papá?

El padre entraba en aquel momento.

—No se trata de él—dijo friamente—sinó de ti. Tengo que hablarte.

Donatella salió.

Quedaron solos Méllita y su padre.

—Iluska, tú vas todos los días a casa de un hombre.

Méllita no respondió.

—¿Es verdad?

—Es verdad. Pero te lo ha dicho Cecilio. No ha podido ser nadie más que él, con su instinto de polizonte, de carcelero y de espía.

—Te repito—atajó el padre, tratando de dominarla con la mirada y con la voz—que no se trata de procesarle a él.

—Pues a mí mucho menos.

—Eso tengo yo que decirlo.

La muchacha no supo ya reprimirse. Ella, tan pálida, larga, delicada y sutil como esas mujeres místicas de las vidrieras de las catedrales, se dejó llevar por un arrebató de ira y gritó:

—Hacen los lazaretos para los coléricos, los manicomios para los locos, las cárceles para los delinquentes, y, sin embargo, no hay un asilo abierto

para los imbéciles, que son más peligrosos que los delincuentes, los locos y los coléricos.

—Oyeme, Iluska—respondió él con enérgica frialdad.—Yo estoy acostumbrado a tratar con mujeres y a dirigir hombres, y rehuyo el golpe y preparo la defensa antes que el adversario me dirija su ataque. Por eso te advierto, para ahorrarnos el discutir, que conmigo es mejor razonar que explotar. Como ves, yo conservo mi calma. No te hablo de mi dolor, porque aborrezco las palabras inútiles.

El tono glacial de su padre la desarmó.

—No hago nada malo—declaró ella con lealtad.

—Eres su amante.

—¿Lo sabes tú?

—Lo sé. Y si te digo que lo sé, no es para lograr que cantes de plano. Yo no arranco las confesiones por medios rastroseros. Te digo que lo sé, porque tengo pruebas.

Mélicta quedó petrificada. ¿Pruebas? ¿Qué pruebas podía tener? Lo sucedido entre ella y Mauro, nadie más que Mauro lo sabía.

Y como no era ocasión de mentir ni de disculparse, se retiró a su cuarto y cerró la puerta violentamente.

Cuando la tía se enteró de aquella complicación sentimental, hizo la señal de la cruz.

Las mujeres, ante cualquier desgarrón de la monotonía diaria, hacen la señal de la cruz como medida preventiva, como los médicos militares, ante una enfermedad cualquiera, no saben hacer otra cosa, como principio de tratamiento, que recetar el aceite de ricino.

Y después dijo al padre la frase en que resumía todo su buen sentido casero:

—Te lo he dicho siempre, y no has querido creerme.

—Pero ¿qué?

—Que esa chiquilla tiene excesiva libertad. Cuan-

do una muchacha no ha cumplido aún los veinte años, no se la deja ir sola al extranjero.

—¿Por quién va lo de extranjero? Su amante no lo es.

Al oír la palabra *amante*, la buena señora hizo por segunda vez la señal de la cruz.

—¿Estás bien seguro de lo que dices?

—Segurísimo. Cecilio ha descubierto en un cajón de Mélicta cierto aparato de higiene íntima, que una señorita (que no sea señorita sólo para los sobres de la correspondencia) no puede usar.

La tía invocó a una docena de santos de ambos sexos.

—Pero ¿quién te dice que usa ese aparato?

—¡Qué tonta eres! No te figurarás que lo use como boquilla para los cigarros.

Otros doce santos acudieron a su memoria.

—Y Cecilio sostiene haber visto, por el ojo de la cerradura que tu sobrina hacía de dicho objeto el uso hidráulico para el que ha sido construido.

*
* *

Bondadosa lectora, usted dirá que este ignominioso escritor llega en su audacia a tomar una cáñula de madera para la higiene íntima como *deus ex machina* o base fundamental de una situación dramática, que ha tenido como punto de partida una complicación sentimental.

Sepa usted, señora, que yo también amo a los que apoyan en las nubes la escala de sus sueños, y que me gustaría vivir siempre en las fantásticas regiones de la quimera azul, y no hojear nunca más que libros que hablasen de purísimo amor. ¡Cuánto mejor sería no considerar al amor más que como nos lo imaginábamos de niños!

Todos los niños son soñadores; al crecer, algunos

siguen siendo niños: son los poetas; otros llegan a hombres: son los tenderos.

Los poetas siguen remontándose en los espacios, llevados por el aquilón de sus páginas de amor; pero los tenderos se previenen atándose a la tierra por un hilo, y despertando de su sueño con el binóculo de la moral.

La moral (estratificación sucesiva de leyes económicas heredadas de nuestros abuelos, con todo el interés compuesto de los prejuicios, falsas interpretaciones, quijotismos y demás necedades) la moral es como unos gemelos de teatro: se alarga, se acorta, se reduce, se agranda, ensancha o estrecha, el campo de visión, obedeciendo al tornillo que hay entre los dos oculares.

En ese tornillo que tiene el mágico poder de graduar las distancias, los valores, los planos y las proporciones están todas las cosas inherentes al sexo.

Es repugnante, ¿verdad, señora? oír hablar del sexo, de objetos íntimos, de funciones glandulares. Sin embargo, todo el instrumento de la moral sexual está apalancado sobre ese breve capítulo de la fisiología humana.

Vea usted:

Si en la muy noble familia Cacao de Capacaida, una de las hermanas de don Cecilio tuviese un retraso o una suspensión inquietante en la contabilidad ginecológica llevada tan escrupulosamente por la madre, en aquella casa podría irse en barca por un mar de lágrimas.

Pero si, por el contrario, esa hermana tomase marido, vería usted cómo los parientes todos, la familia entera, rodearía a la recién casada, invocando del cielo como un don divino la interrupción del ritmo mensual, cosa tan horrible en una muchacha.

Si el marido no tuviera la suficiente gallardía para cumplir con sus deberes de macho, toda la familia de la mujer se erigiría en alto tribunal de justicia

para condenarlo por impotente, y para defender a la esposa que, joven como es, tiene sus imperiosos deseos, resultando torpe y criminal que el marido no sirva para satisfacerlos. Pero si antes de su matrimonio hubiese ella tenido la osadía de confesar ese mismo deseo, toda la familia la hubiese declarado mujer perdida, viciosa, degenerada, advirtiéndola que una muchacha como ella no solamente no debe sentir deseos, sino que ni siquiera debe estar enterada de su existencia.

Si su cuerpo de mujercita joven tiende al amor, o si, como dice Mélietta, se entrega, la tendencia al amor o la concesión deshonran la sangre de la moralísima parentela, consternada y maldiciente. Pero si Donatella se casa, pasa a primer término, en todos los discursos, en todos los actos, en todos los preparativos, ese estupro legalizado por el Juzgado, que no sonroja a nadie, y en cuya ejecución todos colaboran sonrientes.

Los velos blancos y las flores de azahar significan que lo que por la noche tiene que sucederle a la muchacha no le ha sucedido todavía.

Mañana le ofrecerán rosas encarnadas, ya no blancas, porque todo se ha cumplido.

La partida para el viaje de bodas está combinada de modo que en la ciudad a donde vayan tengan toda una noche por delante. Ni uno solo de los asistentes al banquete o a la ceremonia ha dejado de figurarse a la novia en el acto de ofrecerse desnuda a un hombre que aquella misma mañana, antes de salir para la alcaldía, no la había besado aún.

La querida chiquilla de los veinte años, acostumbrada a moverse en plena ingenuidad (¡qué pura es! Figúrate que me decía: «yo me caso con mi papá») se moverá ya libremente en el viaje, en el hotel, en la habitación y en la cama. Antes le parecía indecente desnudarse una pierna delante de su madre, y ahora encontrará lo más natural desnudarse toda

ella delante de un hombre, y meterse con él entre las sábanas.

Como ves, lectora bella, no es el novelista quien lleva a primer término la brutal materialidad del sexo.

Y don Cecilio Cacao de Capacaída, y la tía, y el padre, y la muchedumbre, y el público, y la sociedad entera, que proyectan sus valores morales a la sombra de una glándula.

Méllita y Mauro se habían encontrado en un mundo purísimo: puro como puede únicamente encontrarse en las montañas; el acoplamiento entre ellos había sido determinado por una fuerza superior a su voluntad, ciega como la que guía a la abeja de una salvia en otra; una afinidad física, una sensualidad isócrona, un instinto que no puede analizarse, habían creado la felicidad de sus cuerpos y de sus espíritus, sin que cálculo alguno la empañase; la casualidad del encuentro y la falta de planes para el porvenir y de preocupaciones por el pasado, habían dotado a su amor de la sublimidad de un símbolo.

Pero he aquí que un Cecilio Cacao cualquiera, un mentecato celador de cárcel ensucia su pureza en nombre de la moral, y con sus inmundas manos de roedor de uñas, agita un objeto hallado en un cajón de Méllita, un objeto higiénico que nuestras mujeres tienen, después de todo, la torpeza de usar muy poco, o de no usarlo nada.

La mirada de los parientes de Méllita se había puesto por un momento en sus órganos. Se hablaba de moralidad, de bien, de mal, de honesto y de pecaminoso, pero la atención de toda la familia estaba concentrada en el sexo de la muchacha.

La familia, núcleo de la sociedad.

Señora, si usted quiere ser feliz, retírese a un islote perdido en el Océano, o a un peñasco desierto como el escogido por Sándor. Pero nunca en

el mismo de Sándor, porque correrían ustedes el riesgo de hacer, entre los dos, una nueva familia.

La familia, mal tremendo, causa de infelicidad, de errores y delitos. Los adolescentes se destruyen a sí mismos con vicios solitarios, porque los procreadores, en su manía al sexo, les impiden sus naturales funciones. Los jóvenes contraen enfermedades funestas, porque no pueden desinfectarse sin infundir sospechas; las muchachas quedan encinta porque en casa no hay facilidades para el lavado; abortan (o mueren de peritonitis) no siéndoles lícito confesar su embarazo, o matan el feto, no atreviéndose a mostrarlo al mundo, a este sucio mundo que frente al milagro de la maternidad tiene todavía la estupidez de preguntar si nueve meses antes la mujer se había entregado en cama, en barca o en la hierba, y si el macho había antes firmado cierta acta y dicho un «sí», ante una panza municipal, fajada con un gran lazo tricolor, a franjas.

7

Un libro abierto en una mano, y la otra abandonada a la japonesa. Mauro Mauri, cubierto hasta el cuello por un peinador blanco, miraba a la asiática muchacha en el espejo de en frente, que con el espejo opuesto multiplicaba hasta el infinito la pantalla amarilla, el peinador blanco y el rostro color de azafrán.